



TIEMPOS (POST) MODERNOS

Jeremy RIFKIN

Jeremy Rifkin, presidente de la Foundation on Economics Trends de Washington, presenta en *El fin del trabajo* (Paidós, 1996) un interesante análisis de los retos que una nueva realidad económica y social, basada en la tecnología digital de la era de la comunicación, plantea de manera urgente a la política y a las políticas del trabajo: altas tasas de desempleo «tecnológico» a las cuales no se puede responder exclusivamente en los marcos de la lógica del mercado; fin del trabajo como fuente de la productividad al ser reemplazable por la automatización, polarización cultural y social; falta de perspectivas laborales para los jóvenes, incremento del descontento social, de los índices de criminalidad; difusión de movimientos sociales y políticos extremistas. Su propuesta es un audaz y sugerente planteamiento de la necesidad de pensar la política laboral y económica de nuestro tiempo concibiendo un nuevo pacto social que reconozca al tercer sector como oportunidad para rearticular la organización del trabajo y reactivar la economía.

Antonella Attili —La tercera revolución tecnológica, la de la informática, nos ha empujado a un mundo digital, de ordenadores, acompañado al ritmo de nanosegundos, con PC y computadoras sofisticadas, autopistas de la información; de impresionantes desarrollos de la tecnología en sus aplicaciones —como la tecnobiología—; un mundo de economía formal, empresas virtuales, empresas globales, paquetes informáticos de gestión total, etcétera. ¿Cómo ha cambiado y está cambiando todo ello las vidas de los hombres de nuestro tiempo, en qué sentido? ¿Estamos ante un cambio cualitativo o meramente cuantitativo? ¿Qué posibilidades abre para nuestras sociedades?

Jeremy Rifkin —Es la pregunta más desafiante que me han hecho. El cambio de la era industrial a la de la información es tan significativo como lo fue el cambio de la agricultura medieval a la revolución industrial.

En primer lugar, estamos viviendo una transformación muy drástica en la naturaleza de la comunicación: pasamos de la imprenta a la cultura electrónica de la comunicación. En la historia, todo gran cambio en la tecnología de la comunicación ha sido acompañado por innovaciones en los conceptos del «yo», de nuestra conciencia; está relacionado con cambios en la manera en que percibimos nuestras relaciones con los demás y con el medio ambiente.

***La pluralidad
cultural es algo que
no puede depender solo
del mercado.***

Hemos tenido cambios muy importantes: de la cultura oral a la cultura escrita, de ésta a la cultura impresa y ahora a la electrónica. La era industrial fue la de la cultura impresa. Cuando la imprenta reemplazó a la cultura oral, cambió la manera en que nos concebíamos a nosotros mismos y también transformó nuestra visión del mundo.

La cultura impresa se basa en un pensamiento secuencial, lineal. En el plano cultural, lo más interesante es que permitía en mayor medida que la gente se orientara al «yo», porque la imprenta permitió la privacidad o que, en la intimidad, se pudiera leer el trabajo de alguien más. Con la cultura impresa llegaron las autobiografías, la noción de los autorretratos y todas las diferentes formas que empezaron a crear la noción del «yo» como una parte diferenciada de la realidad social.

La cultura medieval era mucho más comunitaria. Entendámonos, siempre existió la idea del «yo», pero se encontraba menos desarrollada que en la época de la cultura impresa. Organizamos al mundo de la manera en que lo hacemos con la imprenta: analítica, secuencial y racionalmente. A medida que pasamos de la cultura impresa a la cultura electrónica, vemos un cambio en la conciencia y en nuestra cultura.

Toda nueva tecnología acelera el flujo y el ritmo de la actividad. Hay que recordar cómo en la era medieval el sentido del ritmo de la gente se vinculaba a la referencia al día y al ritmo de las estaciones; el trabajo se estructuraba del mismo modo, al igual que las relaciones con los demás. Con la revolución de la maquinaria de imprenta e industrial, aceleramos el ritmo de la actividad y entonces establecimos la idea de la hora estándar. Llegamos a desarrollar el minuterio; si va a Europa verá que los relojes viejos sólo tienen una manecilla, la gente piensa

que se rompió la otra pero, en realidad, los minutos no eran una unidad estándar de medición. Los minutos se desarrollaron en la navegación, en la ciencia, en la medicina; después desarrollamos el segundero porque el flujo de la actividad aceleraba todavía más su ritmo.

Ahora estamos entrando a una cultura de nanosegundos y organizamos los fragmentos de tiempo que están más allá del reino de la percepción. Esto (chasca los dedos) son quinientos millones de nanosegundos: no los puedes percibir. Así que, por primera vez en la historia, el flujo, la velocidad, el ritmo de la actividad creada por nuevas tecnologías de la comunicación nos obligan a organizar nuestro marco de referencia temporal por debajo del nivel de lo que podemos experimentar.

Este es sólo uno entre muchísimos otros cambios. Para cuando el niño llega a la primaria, después de cinco años de televisión, computadoras, ediciones rapidísimas, bombardeado por imágenes visuales, nos damos cuenta de que su concentración es tan reducida que no tiene la capacidad reflexiva para la comprensión de lectura y escritura. Piensan visualmente, en términos de flujo de imágenes rápidas; en términos de servicios y simulaciones, y no en forma analítica ni secuencial. Así que son más dispersos pero en cambio pueden captar y sintetizar más cosas, en vez de hacerlo secuencialmente.

También estamos empezando a darnos cuenta de que el ego, el sentido de identidad de los niños que crecen en una cultura digital, es más fracturado y descentrado, es más terapéutico; lo cual significa que, en la medida en que la comunicación cambia, incrementando nuestro flujo de actividad, también cambia nuestro sentido del «yo».

*La próxima etapa
de la civilización
se centrará
en el capital social.*

Las generaciones anteriores a la mía eran consistentes con una personalidad. Pero desde mi generación, al vivir a un ritmo más acelerado, con una orientación visual, con simulaciones, ahora desarrollamos personalidades múltiples para podernos ajustar a los cambiantes fenómenos culturales semana a semana, día a día, momento a momento; somos más terapéuticos que nuestros padres, más proteicos, y creamos diferentes sentidos de quiénes somos, dependiendo de cuál es el público y cuál es la situación en la que nos encontramos.

Añado algo más, ya que usted mencionó la digitalización. Esta es a la modificación de la cultura lo que el dinero líquido era a la modificación del intercambio económico: con esto quiero decir que todas las formas del dinero a lo largo de la historia han sido una forma de intercambio. Nuestra vida individual y social es una continua diferenciación y unión, separación y, luego, participación. Desde muy pequeños aprendemos a desarrollar nuestro «yo», a diferenciarnos del medio ambiente, y desarrollamos un sentido de nuestro «yo» personal, pero luego lo ponemos constantemente a prueba creando formas de relaciones y de intercambios con los demás.

Diferenciación y unión: esto es lo que hace el dinero en la historia. El dinero no es una cosa maligna: las diferentes formas de dinero son nuestros modos de crear intercambios. Con el

*El mercado se está
desligando de la comunidad
y es cada vez
más remoto.*

tiempo el dinero se ha vuelto cada vez más intercambiable, desde el uso del ganado, de los bienes muebles, de las mujeres —también eran formas de trueque— pasando a las barras de oro, luego a los billetes y ahora a las tarjetas de crédito; de manera que cada vez más fenómenos del mundo económico pueden reducirse a un medio común y ser intercambiados. La digitalización hace ahora lo mismo con la cultura.

Con la digitalización podemos ahora reducir todos los fenómenos culturales a algoritmos aritméticos, después pueden ser intercambiados, editados, recombinados en modos nuevos; se puede tomar lo visual o el audio, o lo gráfico, y reducirlo a números que se pueden recombinar, editar, resintetizar. De manera que la cultura se vuelve algo totalmente tangible e intercambiable.

Ello tiene su lado negativo y positivo. Permite desarrollar muchas maneras de intercambiar la cultura; ésa es la ventaja. Pero la desventaja es el riesgo de monoculturización: al hacer todo intercambiable e interactuante, podemos perder la diversidad cultural, esencial para el desarrollo de nuestra especie.

—Si pensamos en el cuadro de incertidumbre: la crisis económica y política, surgimiento del racismo, intolerancia, etnofobia, tribalismo de tipo urbano y juvenil —que usted mismo señala en el libro—, problemas étnicos y de fanatismo religioso, caída de sólidos horizontes morales,

importantes cuestiones de ingeniería genética, desastre ecológico, ¿cómo plantearía esta crisis de la sociedad contemporánea?, ¿en qué medida encuentra su raíz en este gran cambio tecnológico y cultural y/o cuáles serían los otros factores que condujeron a esta crisis?

—Se está dando un cambio muy profundo en nuestra *Weltanschauung*; parte de ella es sutil, aunque todavía tiene que pensarse seriamente porque estamos en una transición de la visión del mundo. Siempre existe una relación simbiótica entre los cambios tecnológicos, comerciales, económicos, culturales y no voy a discutir cuál es primero; sabemos que unos acompañan a los otros en los grandes cambios de la historia mundial.

Si analizamos los ejemplos que acaba de mencionar usted, son parte de un cambio más grande que actualmente acontece en el mundo. Solamente lo puedo comparar respecto a su importancia con el cambio de la visión medieval del mundo propia de la Iglesia a la visión del mundo propia de la Ilustración de la edad moderna.

La diferencia es que el cambio de la era industrial al de información y de la cultura impresa a la cultura de la electrónica se va a comprimir en un periodo muy corto, por debajo de los 100 años, en menos de 75. Así que nos va a obligar a repensar las proposiciones básicas, los supuestos de la ciencia, de la tecnología, del comercio, la noción del «yo», nuestra relación con el mundo. Conceptos básicos como la propiedad, los valores teológicos, son cuestionados y tendrán que ser repensados. Está es el reto. Creo que la gente, en todas partes del mundo, se da cuenta de que los puntales en los que se basa nuestra vida personal, social, política y cultural se están desmoronando.

En esta situación, las respuestas son diversas. Una es la negación: los líderes políticos, los líderes de opinión lo niegan. Una segunda respuesta es la reacción adversa, lo estamos viendo con el nuevo tribalismo, con el fundamentalismo; una reacción, un intento de detener estas fuerzas de cambio que nos están llevando fuera de control en áreas novedosas que ni siquiera podemos entender.

Creo que sí, ello es parte de esta gran transformación social. En lugar de estar aterrados, de abandonarnos a la negación o a la tentación de atrincherarnos, debemos tener el valor y la convicción de analizar estos cambios fundamentales con una óptica ética y entonces preguntarnos cómo podemos crear una visión del modo en que estos cambios pueden funcionar en favor de la humanidad y crear un mundo más humano y civilizado.

El tipo de reflexión que usted propone se podría hacer a través de la imprenta, como medio de meditación con amplias inversiones de tiempo; pero sería diferente con los medios electrónicos. Encarar las nuevas respuestas, las dilaciones provocadas por las sutilezas y las implicaciones tan profundas que trae consigo dicho cambio, es casi imposible. Y eso porque los medios electrónicos son terapéuticos, no son de reflexión y no se basan en la historia. El aspecto positivo de la conciencia terapéutica es que puede ser más participativa; el aspecto negativo es que puede conducir al narcisismo. Pero en ambos sentidos tiene menores bases históricas y no favorecen la reflexión histórica. Una de las características distintivas de la época postmoderna es la de ser ahistórica y del presente. El pensamiento postmoderno, si nos fijamos en la producción en la arquitectura, el arte y en la cultura, vemos cómo se expresa todo en *pastiche*, *bricolage*, en fusionar pa-

sado, presente y futuro en todo tipo de combinaciones con la finalidad de crear un momento emocional; no hay sentido de distancia entre pasado, presente y futuro. Ahora todo se encuentra en un nicho cibernético.

—Diversos factores hacen pensar en una situación muy difícil para el cambio de rumbo propuesto: los políticos piensan en fenómenos de desempleo como algo temporal y se preocupan por el déficit y van disminuyendo su presencia en el mercado; el Estado-nación pierde su importancia y su capacidad de control como garante y como árbitro; por su parte, las empresas transnacionales tienen activos superiores al producto interno bruto de muchas naciones y ejercen su control sobre recursos mundiales de capital, ¿cómo desterrar esta situación para realizar las transformaciones que usted, junto con otros economistas y analistas, cree oportunas?

—Yo le digo a los empleadores que deben entender claramente que sus trabajadores son al mismo tiempo sus consumidores y sus inversionistas: sin ellos no hay economía. El capitalismo se hubiera colapsado hace cien años si no hubiéramos organizado la mano de obra.

Los empresarios son la parte creativa, la fuerza imaginativa que nos permite tener una economía vibrante: son esen-

***El sentido de identidad
de los niños de la era digital
es más fracturado,
más descentrado.***

*Una de las características
distintivas de la época
postmoderna es la de
ser ahistórica.*

ciales; no hay trabajo sin espíritu empresarial. Por otra parte, la lógica en la sala de juntas es siempre la de reducir el costo laboral para incrementar el margen de las utilidades.

Las mano de obra organizada es el antídoto contra lo anterior porque obliga siempre a la dirección empresarial a compartir las utilidades para que haya suficiente distribución del ingreso para fomentar el poder adquisitivo que les permita comprar los bienes y pagar los servicios, y para que los fondos de pensión, junto con otras inversiones, se usen para invertirlos en la economía. Así que empresario y trabajadores deben entender que se necesitan el uno al otro: son adversarios pero son seres simbióticos de cabo a rabo.

—¿Por qué los gobiernos en escala amplia no aplican decidida y ampliamente tales medidas? ¿Su incapacidad es debida a una visión equivocada y a corto plazo, o es debido a una imposibilidad de actuación por la presencia de los poderosos centros financieros?

—En el segundo capítulo hablo extensamente de los presupuestos centrales de la economía neoclásica, porque casi todos los líderes políticos siguen todavía los conceptos de la economía clásica y neoclásica en materia de creación de empleo. Ellos creen realmente que crearemos más trabajos de los que destruimos. En gran medida se basan

en la filosofía de Jean Baptiste Say, economista francés de principios de siglo XIX, quien originó lo que ahora conocemos como la «teoría del excedente».

Esta parte de la suposición de que las tecnologías incrementan la productividad; cuando ello sucede, el costo por unidad de producción disminuye y, luego, ello fomenta una nueva demanda de productos y nuevos mercados. Cuando éstos se crean, se necesita más gente que trabaje para crear esos bienes y servicios. E incluso, si mucha gente es despedida y es sustituida por las nuevas tecnologías, sucede que cuando esté desempleada los salarios bajan demasiado y la mano de obra es tan barata que es más conveniente recontratar a los trabajadores y sustituirlos nuevamente por las máquinas. Estos son los argumentos esenciales sobre los que muchos líderes políticos siguen apoyando sus suposiciones sobre el desempleo.

Si somos empresarios y estamos creando nuevos productos en la era de la información, vamos a manufacturarlos en una fábrica casi sin empleados y ponerlos en el mercado con una compañía virtual; los empleos que crearemos son de fuerza de trabajo de élite. Nunca veremos a miles de personas salir de los zaguanes de una empresa de ingeniería genética.

Hablemos de esto en detalle. Y recuerde que ya dije que el sector del conocimiento significa menos trabajos, no más trabajos. Vamos a necesitar a los mejores y más brillantes, pero tendremos dígitos de ceros y unos haciendo gran parte del trabajo conceptual. Refirámonos a la venta por televisión. Mucha gente dijo que el ciberespacio iba a crear todo tipo de nuevos empleos. ¿Qué pasa con el telemercado? Puede haber canales de telemarketing, con servicios computari-

zados interactivos y que se compre con tarjeta de crédito, etcétera. Sí, están creando empleos, pero son muy pocos en comparación con los millones de trabajadores de la venta al menudeo que trabajará menos o nada, porque la gente comprará más desde el hogar y no en las tiendas.

Lo anterior puede referirse a toda la industria, en cualquier sector. Lo importante es que muchos políticos y economistas siguen los supuestos de la economía clásica y neoclásica, según los cuales la economía siempre es un periodo de creación y destrucción, y en esencia crea más puestos de trabajo de los que elimina. Pero esto pudo ser verdad para parte de la era industrial, mas no en la era de la información; ni siquiera fue totalmente cierto en el último periodo de la era industria; el 17% de nuestra fuerza laboral trabaja para el gobierno; también en México debe representar un porcentaje muy alto. ¿Puede imaginarse al mercado dándole trabajo a toda esa gente? Y el Gobierno subsidiando la creación de nuevas industrias. Si hubiésemos eliminado al Gobierno, el mercado por sí solo nunca habría creado suficientes empleos para dar cabida a quienes trabajan ahí.

Tenemos que repensar esas viejas concepciones agotadas de la economía. No soy el único ni el primero que dice todo esto: Robert Heilbroner, gran economista; Vassily Leontiev, Premio Nobel de Economía, me precedieron en la propuesta.

—Veamos el corazón de su propuesta acerca del sector servicios. ¿Puede convertirse en el cambio de transformación del trabajo, de esta nueva naturaleza del trabajo y de la economía, para reintroducir crecimiento estable y perspectivas de futuro económico social? ¿Cómo?

***Las distintas formas
de dinero son nuestros
modos de crear
intercambios.***

—Sí, creo que es posible. Tenemos que romper con el paradigma político y pensar en términos de una política de los tres sectores. Es un cambio profundo.

Casi todos los países del mundo tienen tres sectores, exceptuando a los comunistas. El sector del mercado crea trabajos de mercado y capital de mercado; el gobierno crea trabajos públicos y capital público; la sociedad civil crea capital social, trabajo remunerado y voluntario. Hay miles de organizaciones del tercer sector en este país; son aquellas asociaciones y organizaciones que no son lucrativas o no son agencias gubernamentales: los grupos artísticos, educativos, deportivos, los organismos no gubernamentales, los de derechos humanos, los ambientalistas, las asociaciones de vecinos, los grupos de jóvenes, los grupos religiosos, los seculares. Si mañana usted se despertara aquí, en la ciudad de México, y todas las organizaciones de este tipo hubieran desaparecido, ¿cuánto tiempo cree usted que sobreviviría el país?

Este es el sector olvidado. También hay un fuerte sesgo de género que nos dice por qué: este sector ha sido manejado básicamente por mujeres y por eso se tendió a marginarlo en este siglo. Estamos empezando a entender que no es el tercer sector sino que es el primero.

La antropología cultural nos dice que en la historia la comunidad siempre es anterior a los mercados y los gobiernos. Toda cultura en la historia se ha

iniciado primero por una comunidad y por intercambios sociales, y únicamente cuando dicho pegamento social es suficientemente cohesivo, entonces se puede desarrollar un mercado y formar algún tipo de gobierno. Lo que ha sucedido en este siglo es que hemos hecho a un lado este sector y hemos puesto al mercado y al gobierno en el centro.

Creo que asistiremos al surgimiento de este tercer sector como el centro de una política nueva de cualquier ciudad, comunidad y país. La razón reside en que este sector se encuentra en un estatus neocolonial, así ha sido casi todo el siglo: depende de subvenciones del gobierno y de aportaciones de los privados; no tiene poder, no es un jugador independiente entre mercado y gobierno; no es tomado en consideración en la toma de decisiones, pese a que es el pegamento esencial en el florecimiento de la sociedad. Sin él, todo se colapsa.

Hemos aprendido la lección, porque cuando se colapsaron la Unión Soviética y Europa oriental, corrimos para introducir ahí compañías capitalistas. Muchas fracasaron debido a que los comunistas habían eliminado a la sociedad civil: no había capital social, no había relaciones sociales ricas y una sociedad suficientemente cohesiva en donde se pudieran dar un mercado y un gobierno eficaz.

En México hay millones de personas que dedican tiempo a este sector pero

***Se ha perdido todo
sentido de distancia
entre pasado, presente
y futuro.***

no se reconocen como una fuerza potencial que pueda ser central entre mercado y gobierno. Pero creo que van a adquirir esta conciencia por la siguiente razón: se va a liberar de este neocolonialismo debido a que los gobiernos se están redimensionando en todos los niveles, ya no se involucran fuertemente en las comunidades, ni siquiera están otorgando subvenciones; el mercado se está desligando de la comunidad y se está convirtiendo en algo más global, más remoto. En todo el mundo el asunto de la comunidad se está dejando en manos de las organizaciones del tercer sector. Si no aprovechan la situación y no crean una poderosa nueva fuerza social se van a ahogar en las responsabilidades de las que se hacen cargo en lugares como la ciudad de México.

Michel Rocard, ex primer ministro socialista, escribió un prólogo a la edición francesa de mi libro muy interesante (en muchos sentidos es mejor que el libro), donde afirmó: «Debemos repensar lo que es el partido socialista: pensamos que somos el partido del Gobierno. Quizá nuestro ideal debió ser el de mantener a la comunidad, porque el corazón de nuestros ideales está en la sociedad civil, representando los intereses de la comunidad». Y no es el único en pensar en el reposicionamiento del partido; también lo hacen los partidos de centro y de derecha.

A medida que el tercer sector adquiriera mayor conciencia de sí, se vuelva más politizado, más cohesionante socialmente, veremos políticos que basan su campaña en extender los valores de la sociedad civil —desde el momento en que gobierno y mercado se retraen—. Así que, si los desempleados en México ya no se necesitan en el mercado ni en el gobierno y tenemos una fuerza del tercer sector, quizá se podría lograr que las organizaciones

sin fines lucrativos se hicieran socias del gobierno local para recapacitar a miles de jóvenes para trabajos potenciales en los millares de organizaciones cívicas, sociales. Pero necesitamos estar dispuestos a gravar un impuesto sobre una porción pequeña de las vastas ganancias de la nueva revolución tecnológica para tener una entrada cautiva de ingresos que permita que estos jóvenes creen más capital social en miles de organizaciones no lucrativas.

El mercado puede seguir produciendo los bienes y servicios que necesitamos con menos trabajadores; va a liberar a los jóvenes, para que nos movamos más allá del mercado hacia la siguiente etapa de la civilización, que es concebir al capital social como la misión para la próxima generación: crear participación, relaciones, vínculos. Cosa que las computadoras no pueden hacer.

El tipo de trabajos de los que hablo en el tercer sector son inmunes a la tecnología: requieren de habilidades personales, íntimas entre personas. Una mujer o un hombre que dirijan un centro de cuidado infantil, responsables del desarrollo de la estructura neurológica de 20 niños, son algo demasiado complejo para cualquier tecnología del siglo XXI. No sé si tendrá éxito pero me parece una manera de repensar el contrato social.

—¿Qué política, entonces?

—Los gobiernos tienen que darse cuenta de que requieren de una nueva misión. El Estado-nación proporcionó la unión política que fue suficientemente amplia para proteger territorios y explotar recursos, crear infraestructuras y mantener los puestos de trabajo.

Por primera vez en la historia, el comercio está pasando del espectro geo-

gráfico al electromagnético, y del territorio nacional a todo el globo. Es uno de los cambios más grandes de la historia. Imagine un mercado conducido en el ciberespacio, en el éter y ya no en la geografía. Los Estados-nación necesitan ahora una nueva misión, así como los gobiernos locales necesitan establecer sociedades con el tercer sector, después de 200 años de hacerlo con el comercio, proveyendo incentivos para éste (ya devenido global).

Vamos a ver el surgimiento de más relaciones entre el tercer sector y los gobiernos. La geografía tiene el poder en el siglo XXI. Hay dos puntos focales: uno es el comercio global, donde el poder es temporal; el otro poder es la geografía local, porque tarde o temprano los mercados tendrán que «aterri- zar» en las comunidades. La geografía es poder: los gobiernos locales van a darse cuenta de que su nueva esperanza de ser eficaces será desarrollar relaciones, tanto sobre bases formales como informales, con el tercer sector para hacer demandas al comercio global, para recibir ganancias en la comunidad. Dirán al comercio local: «¿Quieres hacer negocio en esta comunidad geográfica? Pues éstas son las condiciones para ello».

Esto está empezando a ocurrir. Lo que yo le digo a los políticos es que se deben unir y crear una nueva relación política, como hizo el Gobierno con el mercado. Esto no significa que el mer-

El tercer sector, a punto de convertirse en el primero, ha sido manejado básicamente por mujeres.

cado no pueda ser un colaborador —con el tiempo—, en ocasiones es adversario, en otras colaborador.

En México, la política del tercer sector debe surgir en los próximos cinco años; y es, por cierto, un proceso que ya se está dando. Los gobiernos inteligentes no van a considerar al tercer sector

como una amenaza a su poder, sino como un aumento de su capacidad de encontrar soluciones. Los gobiernos que actúen a la defensiva no van a tener éxito porque carecerán del apoyo necesario para ser efectivos.

Entrevista de Antonella Attili
